



SU ALTEZA SERENÍSIMA

CAPÍTULO I

Se da razón de mi patria, con otras noticias que no son impertinentes en esta verdadera historia

YA viejo y con un mediano pasar, ocioso, amante de los libros y dueño de algunos muy lindamente escritos; sin mujer, hijos ni nietos á quien cuidar, debería retirarme á mi casita de « La Saucedá » y aguardar allí la muerte, que naturalmente no debe dilatar en venir. Pero algunos que me quieren bien, y que dicen poseo palabra fácil y colorida, buena memoria y noticias, que ya van siendo escasas, de acontecimientos pasados, me animan á que relate las grandes cosas que presencié y en que tomé la parte secundaria que era na-

tural me tocara, dados mi corto mérito y mis escasas prendas.

A no ser cartas familiares y documentos de cuartel, nada he escrito que me encamine á meterme á cronista de cosas viejas... Ah, sí; en otros tiempos escribí algunos



JUAN PÉREZ

versillos; pero ha llovido tanto desde entonces y mi literatura está tan fuera de la moda vigente, que si la exhibiera temería se rieran de mí, como si ahora saliera á la calle con romántica ó con capa Zaragoza.

Y como es descortesía no hacer saber con quién se trata y con qué derecho se dirige la palabra á las gentes, allá va en otras que no serán muy breves, algo que puede parecer una autobiografía.

Me llamo Juan Pérez, tengo sesenta y nueve años de edad (que cumpliré el próximo veinticuatro de Noviembre, día del bienaventurado Juan de la Cruz). Mis padres, contrariando la sentencia del clásico, fueron pobres y

honrados; mi linaje es obscuro, pero de gentes buenas y que nunca dieron que hacer á la justicia.

No puedo ingertar mi árbol genealógico por rama ninguna con la de los siete infantes de Lara ó el Cid Campeador: el primer ascendiente mío que vino á estas tierras se llamaba Pero Pérez de la Llana, era castellano viejo, de tierra de Burgos, y por no sé qué azares de la suerte se alistó en la expedición de Barba; asistió al sitio y toma de México; vino después á la Nueva Galicia en compañía de Guzmán, salió luego con Oñate, ya habilitado como escribano de la expedición, y al fin se asentó como vecino en el pueblo de Tlaxochimaco, situado, como todos lo saben, en la raya de los actuales Estados de Jalisco y Zacatecas. Allí un virrey (creo que Mendoza) lo agració con un sitio de ganado mayor, uno de menor y tres caballerías, «por haber servido á S. M. con cincuenta pesos en reales y su media annata.»

Ni el españolismo ni la mercedación heredaron los descendientes de Pero Pérez, aunque sí el oficio de escribanos, que ejercieron todos hasta mi padre. El ranchillo lo enajenó á poco un hijo del agraciado, que se decía Diego; la sangre castellana se convirtió en mestiza, mediante múltiples uniones, legítimas las unas, de la mano izquierda las otras, con criollas é indias.

Mi padre, que se llamaba don Andrés (Dios lo tenga en su gloria), era la persona más perfecta y cabal que se

haya visto jamás. Franco, sincero, partido, liberal, de buen entendimiento y corazón hermosísimo, no tuvo más defecto que su grande é incorregible pobreza.

Fuimos seis hermanos: Petra, que casó el 54 con el Coronel Ávalos; Manuela, mujer de Naranjo, el riquísimo denunciante de bienes nacionalizados; Rudesinda, que vive soltera y convertida en rata de iglesia; Catalina, preciosa criatura que murió antes de llegar á la edad núbil; Toribia, cuya triste historia contaré quizás algún día, y yo, que fuí el último vástago de la familia y el único varón en ella.

No puedo decir que haya nacido con pie derecho; cuando tenía unos pocos meses, mi madre, que pertenecía á la familia de los Osorios, de Juchipila, murió del cólera en 1833, y me dejó entregado en manos de tías, de nanas y de *chichiguas* que me hicieron perder la salud y me ennegrecieron el humor.

Cuando tuve cinco años entré á la *miga*, como se llamaba en mi pueblo á la escuelilla elemental. Regía la tal escuela una vieja hasta de sesenta años, obesa, de negros ojos, de tez morena, vestida en invierno y en verano con un *chomite* á cuadros negros y rojos. A nosotros, chiquillos de poco más ó menos ó de menos en todo, la ogresa aquella nos causaba un terror indecible. Cada vez que no dábamos la *cuenta*, ó dejábamos de ponernos de rodillas para recitar lo de † IHS, A. E. I. O. U., la maldita vieja nos

amenazaba con rompernos las nalgas con una cuerda de cáñamo que guardaba debajo de su cama; y entonces era el rechinar de dientes y el temblar de pies á cabeza: doña Justa tenía más carne en uno de sus brazos que nosotros en todas nuestras desmedradas personas, y era muy capaz de poner por obra lo que anunciaba.

Luego que supe *decorar* y estuve listo en catecismo hasta *declaraciones y misterios*, mi padre dispuso que pasara á la escuela que el Ayuntamiento sostenía en el lugar. Dicen que en otros pueblos que no habían tenido la fortuna de contar con un filántropo que legara su hacienda en beneficio de la instrucción, andaban las cosas peor que en el mío; ignoro si será cierto; pero si era así, muy mal debe de haber estado todo.

Componían la escuela dos galerones oscuros y vastos en que nos aglomerábamos hasta trescientos muchachos, desde rapaces que no alzaban vara y media del suelo, hasta chicarrones que ya tenían bozo ó indicios de él. Desbravaba á todo aquel pueblo de gente menuda el maestro don Calixto Ruiz, hombre como de cincuenta años, recio de miembros, metido en carnes, con gran barba que amarilleaba en las cercanías de los labios por causa del íntimo contacto con el cigarro de estanco que fumaba continuamente, y vestido con chaqueta de dril blanco y pantalón de pana. Aún me parece verlo con su gesto habitual, alzarse los pantalones con el codo del

brazo izquierdo, mientras con la mano derecha sujetaba el cigarrillo, que entre la selva de la barba negrísima, apenas atravesada por hebras de plata, semejaba un carbunclo en medio de la obscuridad.

No se necesitaba mucho en aquel tiempo para ser maestro; bastaba con saberse de coro el catecismo, el *Freuli*, un poquito de gramática, de aritmética hasta la regla de aligación y tener ¡eso sí! un carácter de letra tomado directamente del muestrario que para constante ejemplo de los pósteros dejó aquel portento de la caligrafía que se llamó don Torcuato Torio de la Riva. Pero en cambio se habían menester las cualidades extraordinarias de un Napoleón, ó mejor las de un Empecinado, para dominar y mantener en orden á aquella chusma, á la cual de seguro excedería en número la que el cura Hidalgo revistió en los campos de Celaya; pero no en artera malicia, en desenfado truhanesco y en ingénita y nunca vista travesura. Sin embargo, cuando el don Calixto cogía la cuarta con cabo de plomo que lo acompañaba en todas sus labores, *conticuere omnes*, se podía oír el vuelo de una mosca, el crecer de la yerba, la música de las esferas. Entonces empezaba su tarea verdaderamente majestuosa é imponente: los mayores escribíamos al dictado en los *pizarrones* negruzcos: *los vientos*, con v consonante; *del sur*, coma; *que en aquellas*, con ll; *abrasadas regiones*, con s y g; *son muy frecuentes...* Cuidado, Zaragoza... Quieto, Piña...

BIBLIOTECA DE HISTORIA
DE LA LENGUA Y LINGÜÍSTICA

Allá voy, Cisneritos... He comprado veinticinco varas de alfombra en cuarenta y dos pesos, siete reales, ocho granos; ¿cuánto importa cada vara?

Los medianos repasaban en voz baja el catecismo y la historia sagrada, y Ruiz tenía tiempo de preguntarles, á fin de que no se distrajeran: «Y el que jure algún mal, ¿qué hará?» ó «¿cuántos fueron los profetas?»

Los chicos, entretanto, descifraban á grito pelado, en el salón lejano, las tenebrosidades del libro segundo: *Blas, bien, buey, col, crin, diez*.

Pero aquello acababa pronto, tan pronto como llegaba la visita obligada de las tardes, el padre Cervantes, el padre don Darío, como le llamábamos todos. Los dos amigos se enfrascaban en la conversación, reían á más no poder, fumaban cigarrillos *coleados* y acababan por no hacer caso de nosotros. Entonces, con ese instinto de las muchedumbres, que saben cuándo no tienen rey ni roque, formábamos *aguaceros*, nos manchábamos las caras con tinta, nos echábamos al suelo mediante empujones brutales, empezaba lo de «Señor, mire á Juárez que me está pegando» — «Señor *maistro*, Juanito Antúnez me escondió mi pluma» — «Señor, están echando *caballería*.» — Nos reíamos á voz en cuello y formábamos tales zipizapes, que la gente que pasaba por fuera se decía sin falta: «ya está de visita con el *maistro* el padre don Darío.»

Pero cuando Ruiz salía de su embobamiento y notaba

que la escuela estaba convertida en campo de Agramante, en que cada quien batallaba ora por la espada, ora por el yelmo, bajaba de su atalaya, y aquí da un puñetazo, allí golpea una pierna, más allá deja maltrecha una espalda, en esotra parte rompe un *pizarrón* ó acorrala á un muchacho ó deja impreso el plomo de la cuarta en la madera de una mesa.

Por fin, aquello se serenaba, y entre llantos y lamentaciones sentíamos llegar la hora de la salida. Entonces se dirimían las contiendas que habían quedado aplazadas

desde la hora de clase: «Aquí dígame lo que me dijo adentro»; «véngase á la orilla si es tan hombre»; «á que no se *pela* para el río.»

Generalmente no había necesidad de *pelarse* para ninguna parte. A la vuelta de la escuela había un callejón sucio, obscuro y fétido y allí iban los peleantes y sus padrinos ó testigos,



que desempeñaban el papel de coro en la tragedia griega:

— No te dejes, Silverio.

— Al que le dan en el pecho, pierde su derecho.

— Al que le dan en el codo, lo pierde todo.

— Ya, ya bueno, decían los jueces de campo cuando los contendientes se habían sacudido el polvo de lo lindo.

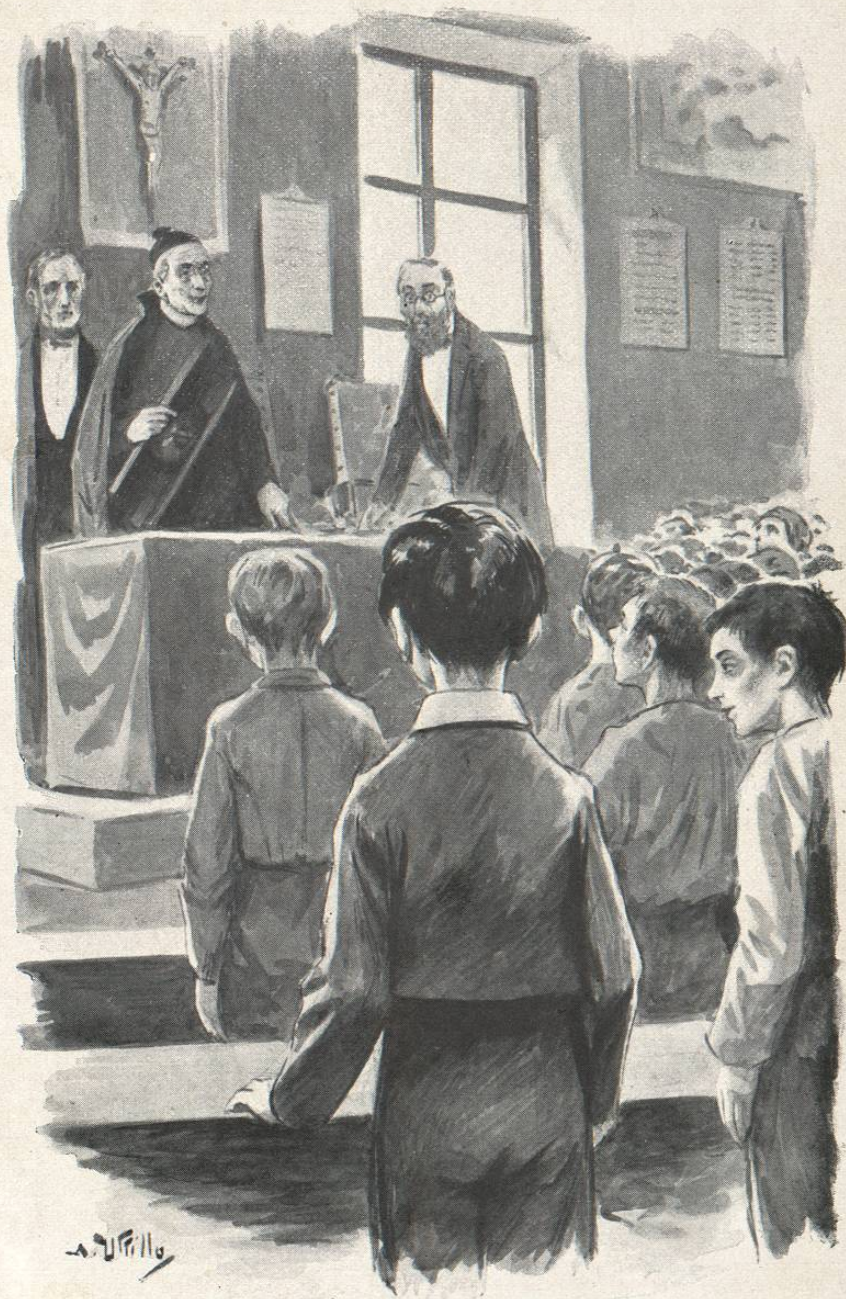
Llegó por fin el día de los últimos exámenes. Mi nana Manuelita, que hacía conmigo veces de madre, me mandó á la barbería de Domingo para que me *pelaran del casquete*, me vistió mi traje de *rompecoche*, pantalón, casaquín y chupa, que habían pertenecido á mi señor padre; me puso mi camisa bordada y mi sombrero de cubetita, todo de idéntico origen, y me envió á la escuela.

Cuando entré, oloroso á pomada de toronjil, con el traje recién cepillado y con la satisfacción en el semblante, sentí que se había levantado á mi alrededor un murmullo, primero de admiración, después de envidia, luego de odio y aborrecimiento. Era el mismo murmullo que había oído años antes, cuando al presentarme con una capita de cúbica, también arreglo paterno, me habían apodado San Roque; el mismo que me había saludado cuando llevé un fieltro alemán que no admitió adaptaciones, relleno de papeles en el interior, y los malditos chicos extendieron la necedad de que allí me llevaba todos los protocolos de mis abuelos.

A pesar de eso, no creo que mi traza ciudadana, comparada con la de aquellos muchachos rancheros que vestían calzonera y cotona, haya influido en lo más mínimo para la decisión del jurado, que determinó coronarme por mi ciencia. Sabía la *cuarterola* y el *ocho y tercio*, conocía á las mil maravillas la gramática del rancio Quiroz, tenía en las puntas de los dedos el Ripalda y me bebía el Catón censorino ó sensorino, como le llamaba no sé si la malicia ó la ignorancia de los chicos.

La escuela estaba hecha un palacio. Los ordinarios manchones de tinta de las paredes habían desaparecido; los encerados se habían pintado de negro; la alacena en que se guardaba la tiza se había ocultado por una cortina; todo estaba nuevo y radiante; hasta el maestro había introducido un poco de orden en la selva virgen de su barba y lucía una chaqueta nueva de paño veintiochero que le daba muy buen ver.

Cuando llegaron el señor Cura, don Crescencio Torres Lares, presidente del Ayuntamiento, y don Juan de Olmos, *maistro* de la otra escuela, todos nos pusimos en pie y no volvimos á colocarnos en las bancas de madera en que habíamos estado acomodados, hasta que aquellos señores, desde lo alto de la plataforma alfombrada y arrellanados en los sitiales de cuero que en la parroquia se usaban en las grandes ceremonias, nos hicieron señal de que podíamos volver á sentarnos.



... todos nos pusimos en pie...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

Mi padre estaba entre los concurrentes al acto, en una de las sillas de pera y manzana colocadas en el salón, y se sentía, según me lo confesó andando los años, vuelto un chiquillo al ver que todos lo miraban siempre que decía yo alguna cosa acertada, y más si daba un *panzazo* ó *brincaba* á otro chico.

Cuando concluyó el acto y todos aquellos señores se levantaron, oí que el *maistro* Ruiz decía á mi padre mientras le daba amistosas palmaditas en el hombro: «no tengo más que enseñarle...; sabe más que yo...; el maldito muchacho, si lo quiere, mañana mismo obtiene su título de preceptor de *primer orden*.»

